

El oso

Luis tenía diez años la primera vez que la vio, un domingo de feria en Canabal. El aire olía a churros calientes y a tierra mojada por la lluvia de la noche anterior. El cielo gris de Galicia se abría lentamente sobre los puestos de tela colorida, donde los vendedores pregonaban sus mercancías con voces roncadas que competían con el ruido que hacían las maderas al crujir bajo los pies de los posibles compradores.

Luis y su madre habían salido de la pequeña aldea de Telleiros cuando aún no se había levantado del todo la niebla, caminando despacio para no gastar fuerzas. Su madre llevaba un pañuelo oscuro atado a la cabeza y una cesta con huevos envueltos en paja. A esas horas el camino estaba lleno de gente como ellos: hombres callados, mujeres con las manos enrojecidas y niños flacos que aprendían pronto a no pedir nada.

El campo de la feria se abría junto al río, donde las reses mugían y escarbaban el lodo con paciencia. Cruzaron la línea de carros tirados por vacas que hacían de límite y entraron en el gentío. Los puestos se alineaban a ambos lados de la explanada: montones de sacos de patatas, mujeres con ristras de cebolla enroscadas a la cintura, hombres con zuecos repasando hoces, herraduras o cuchillos enmohecidos.

La madre tiró de él hacia un rincón donde otros campesinos esperaban a que los tratantes valorasen sus productos. Se detuvieron junto a un viejo de barba amarilla que ofrecía conejos vivos, atados de las patas, y a dos mujeres gemelas que intercambiaban noticias mientras pesaban unos chorizos. Por un momento, Luis pensó que si cerraba los ojos y abría los oídos, podría distinguir de dónde venía cada voz: las de los aldeanos de monte, recias y lentas o las de los marineros del Miño, tan brillantes que cortaban el aire como un cuchillo.

Un hombre con abrigo de paño marrón y botas limpias se acercó a su madre y le preguntó si los huevos eran frescos. Su madre asintió fuerte, y el hombre palmeó el fondo de la cesta como si estuviera tanteando la salud de un animal. Preguntó el precio. Su madre, levantando apenas el mentón, dijo una cifra que a Luis le pareció igual a la de siempre. El del abrigo rodó los ojos y ofreció la mitad. Su madre negó con la cabeza, tranquila. El hombre la estudió un instante y preguntó si aceptaba cambio por manteca. "¿Pero de vaca o de cerdo?", quiso saber su madre. El hombre sonrió, y sacó de debajo de la chaqueta un tarro de cristal que contenía un mejunje turbio. Su madre alzó los huevos, y el trueque se selló con media inclinación de cabeza.

Luis miró al hombre alejarse con el abrigo bailando en la brisa. Había escuchado en la escuela que, en las ciudades, toda la gente compraba con dinero y se iba. Aquí no. Eran muy pocos los que pagaban en pesetas. Lo normal era discutir, regatear y cambiar. Unos huevos por un tarro de manteca, un kilo de grelos por una camisa usada, un par de sacos de castañas por una promesa de leña para el invierno. No había contratos ni testigos, solo manos huesudas apretándose con fuerza.

Lo que más le gustaba a Luis de la feria eran los caballos. Una vez al mes, llegaban tratantes de lejos, con animales lustrosos y crines peinadas con aceite. Ese día había un caballo blanco que todos querían ver, y una fila de niños que intentaba tocarle el hocico. Luis se acercó, esperando que el dueño le dejase acariciarlo, pero el hombre los apartó con una risa seca y les dijo que no era para ellos. El caballo olía a avena y a hierba fresca, nada que ver con el olor agrio de las gallinas o las vacas cansadas de su aldea.

De vuelta adonde estaba su madre, Luis vio a la joven, quieta como una estatua, con el pelo negro recogido en una trenza gruesa que le caía sobre el hombro derecho. Sus dedos, largos y morenos, acariciaban el borde de una tela azul con diminutas flores amarillas. No era mucho mayor que él, aunque ya se decía que era mujer. Alguien murmuró que era cubana. A él esa palabra no le sorprendió lo más mínimo. Su madre también había cruzado aquel mar color plomo, como tantos otros gallegos en dirección contraria, cuando los surcos de la tierra se secaban igual que arrugas en piel vieja y el hambre se metía en los huesos sin hacer ruido. Cuba no era algo tan exótico ni extraño en aquellas aldeas. Era un sitio al que se iba en barcos atestados, una isla que devolvía a la gente cambiada, a veces con monedas cosidas al forro de los bolsillos, a veces solo con una mirada gastada y manos vacías.

Su madre siempre contaba historias de su niñez en aquella isla ardiente. Pero la que Luis atesoraba, la que pedía una y otra vez hasta que las palabras se gastaban, era la del ritual de las monedas.

Ella no era mucho mayor que él en esa época, apenas una adolescente de quince años con las manos ya ásperas como papel de lija por el trabajo incesante. Contaba que tenía que ir una vez a la semana al río que serpenteaba entre los árboles de mango a lavar todas las monedas de los señores, esas que guardaban en un cofre de madera tallada con incrustaciones de nácar. En ese punto de la historia a Luis le gustaba decir que seguro que ese cofre lleno de monedas era el fruto de una vida de piratería sangrienta en altamar, y que los señores eran piratas que habían decidido retirarse en esa isla del caribe. Su madre nunca lo corregía, solo retomaba la historia diciendo que siempre la acompañaban al río dos hombres ceñudos de piel curtida, con fusiles oxidados color ocre que colgaban de sus hombros como apéndices amenazantes, listos para disparar al menor movimiento sospechoso. Y que se podía saber cuáles eran las monedas recién sumadas a la fortuna familiar por el verdor cobrizo que aún conservaban, ya que las veteranas siempre brillaban como pequeños soles dorados debido a su baño semanal. Las instrucciones estaban claras como el agua misma, se sacaban una a una y se contaban en montones precisos de diez sobre un paño negro de terciopelo y se volvían a contar después de frotarlas meticulosamente en el agua fría y burbujeante del río hasta que relucían como estrellas caídas. Nunca supo por qué había que hacer ese ritual sin sentido que le dejaba los dedos entumecidos y rojizos como cangrejos recién hervidos. Ya que para ella una moneda valía lo mismo lavada que sucia, brillante u opaca. El dinero es dinero, pensaba.

Tiempo después su madre conoció a su padre, uno de esos gallegos que habían cruzado medio mundo para encontrar fortuna, y aunque no encontró más dinero que el necesario para sobrevivir día a día, encontró el amor. En poco tiempo ese amor los envolvió como una manta en noches de frío, y la morriña, ese dolor dulce por la tierra abandonada, hizo el resto. Así fue como Luis atravesó el Atlántico por primera y única vez, resguardado en el vientre materno y arrullado por el vaivén de un barco que cortaba las aguas hacia un futuro incierto.

Años después ahí estaba Luis en la feria, viendo a la muchacha cubana. Luis era flaco como un palo, pero despierto. De esos niños que observan más de lo que hablan. Sabía leer desde hacía tiempo y eso le daba una ventaja silenciosa sobre los demás. Al verla, sintió un impulso torpe, infantil. Quiso que lo mirara. Se subió a un murete bajo, hizo como que saltaba sin esfuerzo, exageró los gestos, levantó la voz al hablar con otros críos. No era valentía; era una necesidad confusa de ser visto. Ella lo miró un instante. Sonrió apenas, del mismo modo que su madre sonreía cuando él se manchaba la cara de leche.

El otro apareció con una risa abierta y los pasos un poco sueltos. Tendría cuatro o cinco años más que Luis, y ya se notaba en los hombros y en la manera de ocupar el espacio. Llevaba vino dentro, no mucho, lo justo para sentirse por encima de todo. Era día de feria, había trabajado duro toda la semana y ahora se dejaba llevar por la euforia simple de no tener que responder ante nadie por unas horas. Vio al crío pavoneándose y le molestó sin saber por qué. Tal vez por el modo en que saltaba. Tal vez porque podía. Se acercó sin prisa, aún sonriendo, y antes de que Luis entendiera nada le dio dos bofetadas rápidas, secas, con la mano abierta. No fueron golpes brutales, pero sí lo bastante fuertes como para que dolieran y para que todos los vieran.

—Baja de ahí, rapaz —dijo alguien, riéndose.

Algunos rieron con él. Otros siguieron a lo suyo. Nadie intervino. Para el muchacho mayor no fue más que un gesto sin importancia, un exceso menor en una mañana de vino y ruido. Algo que no merecía ser guardado en la memoria.

Luis no levantó la mano. Se quedó quieto un segundo, sintiendo el calor en las mejillas y algo más hondo, más difícil de nombrar. Bajó del murete, se dio la vuelta y se fue. Desde lejos, su madre lo observó alejarse, ajena a la humillación que acababa de sufrir. Caminó deprisa entre la gente, con la cabeza baja. No lloró hasta llegar a casa, y ni siquiera entonces lo hizo delante de nadie.

Después vinieron los años del campo. Años largos, iguales unos a otros, marcados por el calendario de las cosechas y no por el de los hombres. El trabajo empezaba antes del amanecer, cuando el cielo aún conservaba estrellas pálidas, y terminaba cuando los brazos ya no respondían. Las manos de Luis, primero pequeñas y luego cada vez más grandes, siempre estaban ocupadas: cavando surcos, arrancando malas hierbas, ordeñando vacas de ubres calientes que respiraban vapor en las madrugadas frías. Los animales comían antes que la familia; así era la ley no escrita de aquella tierra que era húmeda y negra en invierno, agrietada y dura como piedra en verano, y que nunca regalaba nada sin exigir sudor a cambio. Luis creció sin ruido, como crecen los árboles, estirándose hacia arriba sin que nadie lo notase día a día. Aprendía rápido porque analizaba todo, hablaba poco porque nadie esperaba sus palabras.

Cuando Luis ya contaba con dieciséis años llegaron los feriantes, un sábado de cielo bajo y nubes pesadas como lana mojada. Traían amordazado a un oso pequeño, color canela sucia, con el pelaje apelmazado y maloliente, atado con una cadena corta que le había dejado un cerco de piel rosada y en carne viva alrededor del cuello. El animal se alzaba sobre las patas traseras cuando lo provocaban con un palo afilado, y sus movimientos eran torpes y pesados, como si cada gesto le costara un esfuerzo que ya no recordaba por qué hacía. Por una peseta, decían los feriantes con voces ásperas de tanto gritar, uno podía luchar con él. Y si le ganabas te llevabas un duro, moneda que brillaba tentadora entre los dedos sucios del domador. Un vecino se animó, empujado por las risas y el aguardiente que le calentaba la sangre. El oso lo tiró al suelo en un instante y le lanzó un zarpazo que le dejó la cara torcida, un surco rojo desde la sien hasta la barbilla, y la mirada perdida como la de un santo de iglesia. La risa se acabó de golpe, como si alguien hubiera apagado un ruido molesto con la palma de la mano.

Luis no apartó la mirada cuando el zarpazo abrió la cara del vecino. Sus ojos siguieron al oso, no al hombre sangrante. Vio los músculos bajo el pelaje sucio, la cadena oxidada, los ojos amarillos que no miraban a nada. Esa noche, sus dedos recorrieron sus propios brazos flacos mientras miraba al techo de madera y adobe. Al amanecer, cuando su padre lo llamó para ordeñar, ya llevaba dos horas partiendo leña. A mediodía, sin

descanso, fue a ayudar a los Varela con su cerca. Sus manos fueron las primeras en notar su cambio, primero ampolladas y sangrantes, luego callosas como corteza. Los domingos, mientras otros bebían, Luis cargaba sacos de grano en la estación. Las camisas que antes le sobraban ahora se tensaban en los hombros. Los pantalones que se ataba con cuerda ahora se sostenían solos. Y aunque la madre dejaba el plato más lleno, nunca bastaba. A veces lo encontraban dormido junto a los sacos que acababa de cargar, la respiración pesada, la piel morena brillando con sudor incluso en las mañanas frías.

Al año siguiente, el oso volvió. Esta vez fue un sábado en las afueras de Telleiros, bajo un cielo que, aunque amenazaba tormenta, no tenía intención de cumplir su promesa. Luis pagó la peseta sin pensarlo, la moneda se sentía fría contra su palma encallecida. El animal olía a hierro oxidado y a sudor viejo, a paja húmeda y excrementos. Sus ojos amarillentos, turbios como agua de pantano, apenas registraban lo que ocurría. La lucha fue torpe y larga, un baile de respiraciones entrecortadas y músculos tensos. El oso tenía fuerza bruta, garras amarillentas que buscaban carne; Luis tenía peso nuevo, brazos como troncos jóvenes y la paciencia de quien ha aprendido a esperar sin esperar nada. Cuando consiguió tirarlo al suelo y mantenerlo allí, con el corazón del animal palpitando salvajemente contra su pecho, no gritó ni levantó los brazos en señal de victoria. Cogió el duro con dedos manchados de tierra y se apartó, dejando al animal jadeante. Había mucha gente mirando, un círculo de boinas gastadas sobre unos rostros curtidos por el sol y el trabajo. Enseguida alguien lo comentó en voz alta y la noticia empezó a correr como el fuego en un campo seco.

El domingo amaneció con la feria de Canabal ya en marcha. Nada nuevo. Los trenes escupían forasteros desde el alba y el mercado crecía hasta convertirse en un monstruo de improvisados callejones donde el olor a chorizo frito chocaba contra el hedor del ganado y las colonias de tres pesetas.

Luis la vio de nuevo. Ya no era una niña. Sus caderas se movían bajo la falda clara como agua de arroyo. Iba del brazo de un muchacho de camisa blanca y zapatos lustrados. La saludó con un gesto seco. Ella le devolvió el saludo con educación distante, apenas una inclinación de cabeza, y siguió caminando, dejando tras de sí un rastro de perfume que se perdió entre el olor a churros y ganado.

Fue entonces cuando el otro se acercó. Venía sonriente, confiado, como quien se acerca a alguien del mismo sitio. Le dio una palmada en el hombro que hizo que Luis se tensara y aflojara al mismo tiempo. El otro lo felicitó por lo del oso, su voz flotando entre la admiración genuina y algo más calculado. Habló con naturalidad, como si siempre hubieran tenido trato, como si no hubiera nada que perdonar. Para él, aquel episodio de la infancia parecía un recuerdo borroso, sin peso. Luis lo miró a los ojos buscando algún rastro de burla o reconocimiento de lo que había pasado, pero solo encontró la mirada clara de alguien que quizás realmente había olvidado. Ahora Luis era el hombre del momento y quedaba claro que el otro buscaba su amistad, dejando ver que se conocían desde siempre.

Caminaron juntos hacia el río sin darle importancia, pisando la hierba aplastada por cientos de botas de feriantes. El otro hablaba de cosas triviales, tranquilo, moviendo sus manos blancas y descuidadas, con uñas que revelaban la costumbre nerviosa de morderlas. No esperaba nada. La pelea fue breve como el vuelo de una piedra. No hubo aviso, solo el súbito giro de Luis, los nudillos encontrando hueso, el sabor metálico de la sangre. Luis no se contuvo; cada golpe llevaba el peso de años de leña partida y sacos cargados. Cuando terminó, el otro quedó medio sumergido en el agua turbia, la camisa

blanca ahora manchada de barro rojizo, respirando en burbujas irregulares, con los ojos abiertos como platos baratos, sin entender. Luis se agachó y se lavó las manos en el agua fría que se teñía de rosa alrededor de sus dedos, luego se levantó, sacudiéndose las gotas que brillaban como cristales rotos, y se fue.

Al día siguiente Luis volvió al campo. La tierra estaba dura. Había que empezar temprano.